

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

amp

DR

La Novela Semanal Cinematográfica



POR
GERTRUDE OLNSTED
LEW CODY, ETC.

MONTECARLO

50 cts.

*Este boquero enmarcado de la portada
longuir actriz que decora la cubierta de
agente novelo.
J. Llo. de Pineda*

BIBLIOTECA
Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

MONTE CARLO
1926

MONTECARLO

Sugestiva novela cinematográfica,
interpretada por los prestigiosos artistas
Lew Cody, Gertrude Olmsted, Sazu
Pitts y Karl Dane, entre otros.

Producción Metro-Goldwyn

Exclusiva de
METRO - GOLDWYN CORPORATION

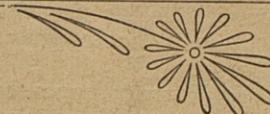
Mallorca, 220 - BARCELONA

JAIME ESTEVE

en mort

MONTECARLO

ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA



Prohibida la reproducción.
Revisado
por la censura gubernativa.

El periodista Teodoro Roosevelt Bancroft, tipo célebre de reporter norteamericano, inquieto y ávido de la última novedad, escribía, aquella tarde, a máquina, con desbordante satisfacción. Sus nerviosas manos parecían volar sobre el teclado a impulsos de una inspiración repentina. No era sin embargo ningún suceso sensacional, ninguna noticia escalofriante lo que llenaba de alegría sus ojos. Pero, en cambio, en el papel, iban apareciendo unas líneas de apretadas letras azules que hincharon su vanidad.

Unos minutos después, cuando hubo terminado su trabajo, lanzó un suspiro y leyó:

"Las afortunadas jóvenes vencedoras en el concurso de simpatía organizado por *Las Noticias*, de Watertown y a las que este diario enviará a Montecarlo, son las señoritas Esperanza Durant, Flora Payne y Sara Roxford". "Acompañará a las vencedoras el insigne

periodista Teodoro Roosevelt Bancroft, que es sin duda el mejor reportero de los Estados Unidos y uno de los norteamericanos más familiarizados con Europa. El señor Bancroft ha visitado las principales ciudades del Viejo Mundo y conoce perfectamente a varios soberanos".

El ilustre y nunca bien ponderado Teodoro mostróse radiante. Aquel suelto que aparecería la siguiente mañana, le daría gloria y honor, ensalzando todavía más su personalidad ya conocida. ¡Y decían algunos que la vida era mala! ¡Ignorantes!... Para Teodoro, la existencia se presentaba de color de rosa. Iría a Europa, acompañando a tres lindas criaturas de la localidad, a pasear por la Costa Azul, la simpatía norteamericana.

Teodoro había visitado ya otras veces el Viejo Mundo, claro que no en las condiciones que reseñaba en su artículo ¡ni mucho menos!... Había pasado hambre y privaciones sin cuenta, y no conocía a los soberanos ni de vista.

Pero era necesario darse importancia y aparecer a los ojos de todos, como un perfecto hombre de mundo.

Leía aquellos días, ávidamente, tres libros que le entusiasmaban:

"Las Familias Reales de Europa".

"Ceremonial de la Corte".

"El Francés en tres lecciones".

Se sabía de memoria la mayor parte de sus páginas, y se emocionaba al pensar en el ma-

ravilloso papel que haría en la Costa Azul... Y luego... ¡ahí es nada! acompañar a tres mujeres de lo mejorcito de Watertown, tres criaturas vencedoras entre cien, por su irresistible simpatía...

Teodoro entró en el despacho del director para mostrarle la gacetilla:

—¿Qué le parece?... Responde perfectamente a la realidad... ¿no es eso?

El director, que parecía hombre de pocos amigos, rascóse la cabeza, y después de leer el artículo, comentó:

—Perfectamente, Bancroft; enviaremos a usted para que acompañe a las señoritas, porque necesitamos para ello a una persona que conozca muy bien Europa y pueda mandarnos informaciones de verdadero interés.

—Sí, señor; conozco Europa como pocos, aunque haya quienes lo pongan en duda.

—No necesito palabras, sino hechos; y le advierto a usted que si no da el resultado que se espera, le pondré de patitas en la calle — le dijo el director con expresión energética.

Pero Teodoro no se amilanaba nunca. Y le respondió, remarcando todavía más la eterna sonrisa de sus labios:

—Haría usted mal porque dudo que encontrara otro como yo...

—Bueno... bueno... estoy harto de oír alabanzas de usted... hechas por usted mismo... Lo que importa es que todo vaya bien... Y nuestro periódico, merced al interés de sus artículos y narraciones de Europa, adquiera un

puesto de primera categoría... Y ahora, avise a las señoritas Durant, Payne y Roxford, que estén dispuestas al primer aviso.

—Como un rayo, señor director... ¡A sus órdenes!...

Y salió, entusiasmado, a cumplimentar las disposiciones del jefe.

Esperanza Durant, la gacetilla de Watertown, una de las muchachas premiadas con el viajecito, era modista de profesión... y charlatana... por vocación. Quiere decirse que acostumbraba a manejar la tijera en sus dos oficios. Pero sabía contentar a los clientes, porque con poco dinero confeccionaba un vestido a la última moda.

Aquella mañana, mientras tomaba la medida a una señora, mujer de robustas carnes, cuyo ruedo era soberanamente monumental, acercóse un criado de uniforme a entregarle una carta.

Esperanza, sintiendo hervir su curiosidad, suspendió su tarea, después de musitar un humilde "usted dispense", y leyó el escrito. A medida que iba pasando los ojos sobre el papel, su rostro perdía el color. La carta decía así:

*Las Noticias de Watertown
Watertown
Estado de Connecticut*

*Estimada señorita Durant:
Me complazco en informarle que ha sido*

usted una de las agraciadas en el concurso de simpatía promovido por este diario para enviar a Montecarlo a tres señoritas de la localidad.

Sírvase pasar por esta redacción a fin de enterarla de todo lo concerniente al viaje.

De usted atento seguro servidor

Horacio Brown.

Director.

—¡Me voy a Montecarlo!... ¡Me voy a Montecarlo! — gritó loca de alegría...

—¿Qué le ocurre a usted? — preguntó extrañada, la cliente.

—¡Que me marchó! ¡Que va a comenzar mi fortuna, señora!... Y mire, vuelva usted otro día, porque hoy no puedo medirle nada...

—Señorita. Procede usted muy mal con la clientela. No es este el mejor modo de adquirir una posición... ¿sabe?...

—Guárdese usted los consejos donde quiera, señora. ¿Qué se ha creído?... ¿Usted ignora con quién está hablando? ¡Con una triunfadora del concurso de simpatía! ¡Y en Montecarlo encontraré un hombre rico, algún gran personaje para casarme con él!... ¡Ea!... ¡que trabaje quien quiera!... ¡Viva la alegría!... ¡señora!... diga usted conmigo... ¡viva la alegría!...

—Déjeme en paz! — gritó sulfurada la dama. — Es usted la modista más loca que he conocido. ¡Que usted se divierta!...

Y abandonó, enfurecida, el taller, dejando sola a Esperanza, acariciada por las dulces emociones del triunfo. Con esa facilidad que tienen las mujeres jóvenes para crear ensueños sin cansarse, la humilde chica tejía las maravillosas guirnaldas de la ilusión. El viaje, la compañía de gentes elegantes, Montecarlo, el pa-cuyo nombre poetizado por la distancia le parecía algo ideal, las grandes fiestas en el Círculo, la sonrisa de los galanteadores... ¡y el amor!... ¡Viva! ¡Viva!... ¡Y saltaba como una chiquilla a quien le hubieran hecho el mejor regalo!

Flora Payne, otra de las vencedoras del concurso, tenía dos debilidades: la mecánica y la aristocracia. En cambio, físicamente, era fuerte, había llegado a pesar sus cien kilos. Pero tan simpática...

Estaba empleada en un garage, reparando automóviles. Los "Fords" se sucedían ante ella de un modo continuo. Pero rápidamente, sus manos ágiles volvían a poner en marcha los coches. Y su fama iba creciendo entre las gentes del oficio.

Cuando recibió la cartita de "Las Noticias de Watertown", idéntica a la enviada a Esperanza, creyó volverse loca de contento. Lanzó al aire las herramientas que tenía entre manos, y comenzó a bailar el "charleston" con entusiasmo sin límites.

Los otros mecánicos creyeron que la gordísima compañera había perdido la razón.

—¡Oiga! ¿Quiere usted decirnos a qué vie-

ne esa bromita? ¡Que aquí tenemos faena para largo!

—¿Y qué me importa? — contestó Flora. — ¡Me voy a Montecarlo a casarme con un duque!

—A usted le conviene un poco de tila, Flora... Esos nervios hacen decir cosas extrañas...

—¿Qué más quisieran ustedes, envidiosos? Pero ya irán enterándose por los periódicos... Volveré de Europa convertida en una duquesa... y de las principales.

Y tarareando las notas alegres del "charleston", abandonó el garage, en dirección al periódico que tan grata nueva proporcionaba.

Sara Roxford, la tercera vencedora, era una ingenua que creía en los Reyes Magos y en los Príncipes rusos... ¡Que ya es creer en estos tiempos de bolchevismo!

Era una chica modesta, maestrita de un colegio de párvulos. Tal vez por esto, su carácter era todavía más infantil. Las novelas románticas que devoraba antes de dormirse, llenaban su imaginación de fantásticos ensueños en los que, inevitablemente, el Príncipe Azul venía a pedirla por esposa. Se veía en una gran Corte, vestida de blanco, con una corona de oro y piedras preciosas sobre la cabeza. ¡Lindísimo sueño de tantas!

Al leer la carta que encerraba la noticia de su triunfo, su corazón palpitó de júbilo y sintió en la garganta un nudo de emoción.

—Me voy a Montecarlo, hijitos míos—dijo a los pequeños alumnos. — Puede que allí me encuentre con un Príncipe como los de los cuentos de hadas...

Pasó aquella noche, sin poder conciliar el sueño. Su cabeza se poblaba de mil imágenes venturoosas, haciéndole llorar de alegría la idea de abandonar la vida humilde que había llevado hasta entonces, para ver y tocar de cerca la existencia fastuosa, entrevista apenas en las páginas de los libros... ; Ser protagonista de una de las aventuras hermosas!... ; Sentirse acariciada por el beso del Príncipe encantador que llega con un cortejo de músicas para llevarla en carroza de triunfo! Y como las demás vencedoras del concurso, su ilusión convergía a lo mismo: al amor. ; El amor! ; El dios de la vida!

Unos días después, las tres mujercitas, presentadas al famoso periodista Teodoro Bancroft, radiante de alegría, emprendieron en magnífico "paquebot" la excursión hacia la costa francesa, hacia el maravilloso Montecarlo, mansión de las gentes adormecidas por el placer...

*
**

Es Montecarlo centro de atracción de reyes y campesinos, donde puede observarse en extraña mezcolanza lo trágico y lo cómico. Allí, la moda, la aventura y la ilusión ruedan constantemente sobre la humana avalancha. Millonarios venidos de los más lejanos países buscan en esta ciudad invernal todos los placeres que puede proporcionar la riqueza. Aventureros de vida inconfesable, gentes cargadas de deudas, procuran encontrar en la famosa ciudad el milagro abundante del dinero. Y en el espléndido Casino, las inmensas salas de juego proporcionan a millares de personas las sensaciones delirantes de la ruleta con las varias alternativas de la suerte, esquiva y coqueta como mujer caprichosa.

Pero tampoco en Montecarlo, las gentes se libran de la ley fatal que obliga a todo el mundo a pagar lo que consume o usa. Las cuentas del hotel se abonan allí como en cualquier parte, so pena de ir a los Tribunales, acusado

por estafa. Esto, tan sencillo y natural, le parecía realmente absurdo a Antonio Townsend, un caballero elegante que viajaba sin tener una peseta.

Antonio, un perfecto "dandy" cosmopolita, rondaba como un parásito por la linda ciudad de la Costa Azul. Aquella mañana se encontraba en pleno Paseo, sin saber adónde ir. Había sostenido un violento altercado con el gerente del hotel donde se hospedaba, que pretendía con toda justicia cobrar el importe de la cuenta. Y el aventurero, antes de que le metieran en la cárcel, había huído del hotel, llevando a cuestas todo su equipaje para buscar otro sitio donde las gentes fuesen menos duras de corazón.

Le acompañaba Greves, un ayuda de cámara digno de su señor, un pillo redomado, cuya existencia era más complicada que una película en series. Había agotado ya todos los procedimientos para burlar la persecución de implacables acreedores que iban en pos de él y de su amo, indignados porque no les abonaban lo suyo.

—¿Y qué hacemos ahora, Greves? — dijo Antonio a su camarero —. Nuestra situación es realmente complicada.

—Ha dicho usted la verdad...

—Sin embargo... yo creo que un hombre como yo... no debe permanecer las noches de claro en claro... y además... comienzo a sentir deseos de comer... Tú que eres hombre de planes, ¿qué harías?

—Buscar otro hotel, señor...

—¿Hay algún hotel del que no nos hayan echado, Greves?...

—Quizás queden dos o tres, señor... Podemos probar fortuna...

Consultó largo rato una libreta. Unos minutos después, dijo:

—¿Le gustaría el Hotel de Londres?

Antonio movió negativamente la cabeza.

—No, no me agrada la comida, hay que pagarla a los postres.

—¡Mala costumbre!... Y el hotel Boulevard, ¿va bien?...

—¡Tampoco!... Tienen unos detectives que son brutales para echarle a uno a puntapiés...

—Entonces... ¿y si fuéramos al hotel de aquí enfrente, al "Hotel de los Príncipes"?

Y señaló un soberbio edificio que ante ellos extendía la enormidad de su fachada, agujereada por numerosos balcones.

—¡Magnífico! — exclamó Antonio —. Ese parece un buen hotel!... Tiene una salida lateral y las escalerillas de incendio son muy amplias. Le conozco. Vamos allá...

—Como usted quiera.

Y cargando con las maletas, se encaminaron hacia él

En aquel momento un automóvil se detuvo ante la puerta principal del edificio. Descendieron de él tres simpáticas criaturas norteamericanas, acompañadas de su inseparable periodista Teodoro Bancroft. Bajaron alegramente, aturdidas por el placer del viaje. Su

excursión era de recreo, de turismo, pero cada una de ellas pensaba sacar consecuencias prácticas.

Ante unos gendarmes que paseaban frente al hotel, las tres chicas soltaron alegre carcajada.

—Parecen un par de reyes — observó Esperanza.

—Sí, de opereta — dijo Flora.

Los guardias, viéndose aludidos, volvieron la espalda, desdesiosamente, siguiendo su paseo. ¿Qué se habían creído aquellas extranjeras?

Entraron en el "hall" del hotel, encaminándose hacia la mesa del conserje, donde Antonio Townsend acababa de firmar en el registro de entrada.

Las muchachas rodeaban a Teodoro, aturdidiéndole con sus gritos y monadas.

El periodista, durante el viaje, les había hablado de sus grandes relaciones con toda la nobleza de Francia, y naturalmente, las jóvenes deseaban ser presentadas a aquellos ilustres personajes. ¡Lo malo era que Teodoro no conocía a nadie en realidad!

—¡No olvide que ese Conde amigo de usted es para mí! — le dijo Esperanza.

—Ya me siento Duquesa — exclamó Flora.

—¿Dónde está mi futuro?

—¿Cuándo me va a presentar a su amigo el Príncipe? — añadió Sara.

—¡Calma, señoritas, mucha calma! Apenas acabamos de llegar; instalémonos primero, y

yo les aseguro que van a divertirse de lo lindo.

—Pero sobre todo no deje de la mano a mi Príncipe — repitió Sara, obsesionada.

—¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡No impacientarse!

Antonio había escuchado toda la conversación. ¿Quién sería ese grupo de americanas que tan insistentemente deseaba conocer lo más florido de la nobleza? Probablemente, esas extranjeras venían con el deseo de emparentar con algún ricachón europeo, llenando de azul el oro de sus caudales. ¡Esas yanquis!... Pero al fijarse en Sara, humilde y sencilla como si fuera todavía la maestrita del pueblo, sintió latir su corazón como un primer grito de amor; Criatura deliciosa!... Su humildad la hacía más adorable a los ojos de Antonio, acostumbrado al trato de mujeres ricas, envueltas en trajes soberbios!

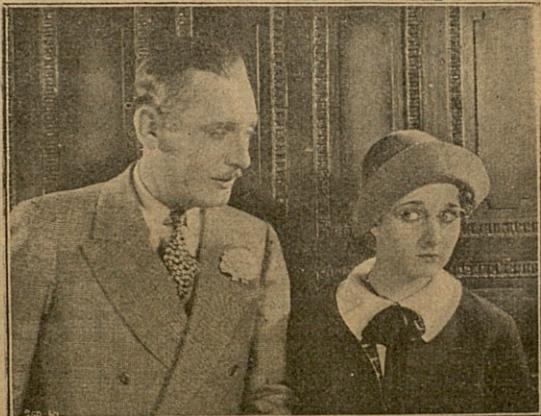
—Me gusta... ¡me gusta!... — murmuró.

Cuando hubieron cumplido los obligados trámites en la oficina del hotel, las extranjeras se encaminaron a las habitaciones que les habían destinado.

Entraron en el ascensor, con otros viajeros, el periodista, Flora y Esperanza. Sara subiría en segundo término.

También Antonio, acompañado de su ayuda de cámara, esperaba su turno para subir. Mientras aguardaban la muchacha contempló a Antonio, y éste a su vez derramó todos los tesoros de su seducción en la mirada clara de sus ojos. Fué un diálogo mudo, pero elocuen-

te. Sara, ante aquel caballero desconocido, que tenía una elegancia de gran señor, se sintió turbada. Y dulcemente bajó los ojos, con una



Sara, ante aquel caballero desconocido, se sintió turbada.

oleada de rubor. ¡Nunca hasta entonces le había ocurrido eso!

Se acomodaron por fin en el ascensor, y mientras subían, Antonio murmuró al oído de su compañera:

—¿No había ya tenido el gusto de verla en otra ocasión?...

Ella calló.

—¿Me ha oído usted? ¿Es la primera vez que viene usted a Europa?

Con los ojos bajos, Sara parecía abstraída de todo. Le causaban una infinita dulzura las palabras del desconocido.

—¿Ha perdido usted el habla? — comentó él.

Igual silencio.

—¡Qué lástima que una chica como usted sea muda! — dijo riendo. — Y lo peor es que le ha ocurrido esto de repente, porque hace poco escuché su voz...

Los ojos de Sara brillaron, queriendo expresar su curiosidad.

—Sí, sí... Me pareció oírla decir que deseaba conocer a un príncipe...

Sara hallábase cada vez más interesada con la conversación del apuesto doncel, pero una timidez invencible la hacía permanecer en silencio.

Llegaron al cuarto piso donde ambos tenían su habitación. Todavía, ya en el pasillo, Antonio comentó:

—Señorita: yo tengo lo principal para ser Príncipe, pero no puedo principiar por decirselo porque todo quiere principio.

Y rió jocosamente su juego de palabras. Ella permaneció callada, sin inmutarse.

—Si yo fuese usted, me reiría con más frecuencia... ¡caramba!

Antonio se retiró cuando Sara reunióse con sus amigas. Pero le pareció tan interesante aquella mujer, que se dispuso a cortejarla.

Poco después, en sus habitaciones, las tres americanas destapaban cajas recibidas de su país que contenían diversos regalos. Eran obsequio de "Las Noticias de Watertown" que de tan bello modo querían sorprenderlas al llegar a Montecarlo.

—¡Oh! — dijo Flora — ¡yo tampoco he perdido el tiempo! ; Cuando desembarcamos en Marsella adquirí estas hermosas joyas...

Y mostró un lote fantástico que brillaba con aureas claridades.

—¡No me costaron más que veinte francos, pero ya veréis como pescó a un Duque con ellas!

—¡Son preciosas!...

—Son baratas... ¡y hacen efecto!... Como las luciré siempre de noche, cualquiera advina su falsedad.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, en su habitación, Antonio comentaba con su ayuda de cámara la situación difícil económica. No llevaban un céntimo... y en aquella casa era necesario pagar.

—¡Lo mejor será esperar si alguien nos invita a comer! — explicó a Greves. — No conviene que debamos, además del cuarto, el restaurán... Acabarían por meternos en la cárcel.

—Dispense usted, señor — interrumpió el criado — pero el hambre aprieta... y estas cosas hay que resolverlas pronto...

—Sí... sí, pero ¿cómo?... Si tuviéramos al menos un plato de lentejas...

—¿Hasta cuándo hemos de continuar así.

don Antonio? — dijo con mal disimulado humor el impaciente criado.

—Hasta que mi tío afloje la mosca, bien lo sabes...



—¡No me costaron más que veinte francos pero ya veréis como pescó a un Duque con ellas!

—Si no es más que eso... lea usted este telegrama...

Antonio cogió el papel azul y leyó:

Antonio Townsend; Hotel Ritz, París.—No espere dinero hasta que no vuelvas a ocupar tu empleo en mi oficina. Te abraza tu tío,

Jaime.

—Es la décima vez que me enseñas ese telegrama — le dijo.

—Pero, don Antonio, ¿no sería mejor morirse de vejez entre los suyos que de hambre entre extraños?

—¡No pienses en eso! ¡Hemos de vivir, sea como sea!

—Dios nos coja confesados, don Antonio... Ya me veo en la sombra...

—No tengas miedo, cobardón. Algún día nos sonreirá la fortuna. Volveré a telegrafiar a mi tío.

Antonio, huérfano de padres, había vivido siempre con su tío Jaime, en una ciudad de los Estados Unidos. Pero agitado por la ambición y por el ansia que se despertó en él de correr mucho, abandonó su casa, comenzando una existencia fantástica por París y la Costa Azul. Los acreedores le perseguían incesantemente, intentando, en vano, el cobro de sus facturas. Pero Antonio, a pesar de aquella vida de intranquilidad, lo prefería todo a la monotonía de su familia.

Mientras, el periodista Teodoro Bancroft comenzaba sus gestiones, en busca de algún título nobiliario para sus chicas.

—¡Dígame! — preguntó al gerente del hotel —, ¿hay actualmente hospedado aquí algún Príncipe de sangre real, o algún monarca?

—No, señor, no hay ningún rey ni Príncipe hospedado actualmente, pero el sábado llegará el príncipe Boris.

—¡Ah! ¡Gracias!

Estaban a principio de semana y unos días después él hablaría con el Príncipe. ¡Pues no faltaba más!

Un señor elegante, bajito, de mediana edad, llegó al hotel. Repartió algunos saludos amistosos. Teodoro preguntó:

—¿Quién es?

—¡Es el conde d'Avigny!

—¡Atiza! ¡Un Conde! ¡El partido que soñaba Esperanza lo tenía allí mismo! Y consultando su libro de Ceremonial que llevaba siempre consigo, lo hojeó nerviosamente, y leyó:

Del saludo: Una forma de saludo que estuvo muy en boga entre los caballeros franceses fué el beso en ambas mejillas...

No quiso leer más. Y espíritu atolondrado corrió hacia el conde d'Avigny, y con natural jovialidad y despreocupación, estampó en sus mejillas dos sonoros besos.

—¡Oh! ¡señor Conde!... Teodoro Roosevelt Bancroft periodista norteamericano, servidor de usted.

Y le hizo una reverencia imponente.

El Conde, sorprendido por aquella actitud, primero creyó habérselas con un perturbado.

—¿Qué ha hecho usted? ¿De dónde saca usted estos modos de saludar? ¡No sé como no castigo su atrevimiento! ¡Insolente!

—¡Perdone, señor conde d'Avigny! Reconózcome su humilde y fiel servidor... Pero... de

seo presentarle a una paisana mía que está loca por conocerle.

—A mí?

—Sin duda alguna... ¡Y es una monada!... ¡Oh, señor Conde ha sido usted afortunado!

El señor d'Avigny movió la cabeza con aire de preocupación. ¡Era tan extraño que una mujer se enamorase así, de pronto! ¡Aunque esas americanas tienen unas cosas! ¡Quién sabe! ¡Quizás le había inspirado alguna verdadera pasión! ¡El no era viejo aún y las mujeres son tan caprichosas!

—Dígame... ¿tiene dinero la señorita?

El periodista no se turbó, y respondió tranquilamente:

—¿Quiere usted callar? ¡Riquísima, en todo! ¡Acepte usted mi invitación y pasará una velada inolvidable!

—Bueno, acepto. ¿A qué hora?

—Esta noche en el baile del hotel.

—¡No faltaré!

—Señor Conde... ¡gracias!... ¡gracias!...

—dijo Teodoro, radiante de satisfacción.

Y quiso de nuevo besar el rostro y las manos del noble. Este le rechazó enfurecido. Que le besara la yanqui, bueno... pero él... ¡Ande, estúpido!

—Basta, basta, caballero...

—Es la emoción, la gratitud...

—Reserve eso para las damas, señor mío. Teodoro se retiró haciendo mil reverencias y zalamerías. Estaba contento. Esperanza tendría ya novio, porque él, con una fantasía

verdaderamente extraordinaria, estaba seguro de que aquello terminaría en boda. Apenas acababan de llegar, y ya el primer triunfo. Ahora faltaban únicamente las otras dos.

Dirigióse al "bureau" redactando el siguiente telegrama:

Noticias

*Watertown, Connecticut, Estados Unidos
Montecarlo hizo un grandioso recibimiento
asistencia bandas música, alcalde, soldados,
bomberos y Príncipes. Mañana enviaré más.*

Bancroft

Ya satisfecho, después de haber rendido tan brillante culto a la verdad, apresuróse a comunicar a Esperanza la gran noticia; aquella noche le presentaría el noble conde d'Avigny.

**

Poco después, dos individuos se presentaron al dueño del hotel.

—Acabamos de echar a uno de los huéspedes porque no pagaba en nuestra fonda — dijo uno —, y creo que ha venido aquí. ¿Me hará usted el favor del libro de entradas?

—Aquí lo tiene usted.

El acreedor leyó rápidamente los nombres.

—Gracias — dijo —, ya le tengo.

Y sin otras explicaciones, subió con su compañero a la habitación de Antonio. Había leído el nombre del farsante en la lista de viajeros, y se disponía a cobrar la atrasada cuenta.

Los dos llamaron a la puerta. Greves abrió un momento y volvió a cerrar con precipitación.

—La hemos hecho buena, señor... Son los dueños del antiguo hotel, don Antonio; y mucho me temo que se queden con nuestra ropa.

—Es necesario huir... desaparecer...

—Bien, ¿pero cómo?

—Hay que ingeniarse.

Seguían llamando. Iban a echar la puerta abajo. Antonio, poco antes, se había despojado de su traje para ponerse el de etiqueta. Vestía únicamente la ropa interior y llevaba el sombrero de copa sobre la cabeza.

—Yo salto por ahí — dijo —. ¡Arréglate tú como puedas!...

Y fresco como iba, salió al balcón, mientras Greves se escondía rápidamente debajo de la cama. Un segundo después entraban los acreedores.

—¡El pájaro ha volado!... Pero aquí dejó su equipaje, su ropa... Bien, por el momento, apoderémonos de sus maletas. Algo habrá de bueno, y si no todo, podremos resacirnos en parte...

Entretanto, Antonio, temiendo que salieran por el balcón a perseguirle, creyó lo más prudente desaparecer de allí también. Como el balcón era corredizo, se encaminó a la ventana vecina que encontró abierta y lindamente colóse en su interior.

¡Y lo que vió! La suerte, o lo que sea, le llevaba a la propia habitación de Sara, la maestrita, que se encontraba también en una situación de intimidad deliciosa. Vestía un lindo traje de baño que modelaba las finas líneas de su cuerpo juvenil.

La muchacha dió un grito tremendo, al ver por el espejo al intruso que asaltaba su habitación.

Antonio, en camisa y con sombrero de copa, tenía una facha ridícula. No se sorprendió menos al ver la linda criatura de antes.

Ella, requiriendo inmediatamente un alborozo y envolviéndose en él, con un gesto pudoroso, gritó:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo se atreve?

—¡Oh, perdón, señorita! — respondió Antonio riendo... y al propio tiempo se colocó detrás de un sillón que le cubría medio cuerpo piadosamente.

—¡Márchese inmediatamente! — dijo ella—. ¿Quién le ha autorizado para asaltar mi habitación?

—Salí a dar una vuelta y caí aquí por casualidad — dijo él, riendo—. Usted dispense. ¡Comprendo que no voy precisamente de etiqueta!

Con la mayor tranquilidad se envolvió en el cubrecama de seda, deshaciendo el lecho de la jovencita.

—Ahora podemos hablar, ¿verdad? ¡Ni usted ni yo vamos con ropas ligeras! Aunque por mí, no tenga usted aprensión, ¿sabe?

—¡Váyase!, ¡váyase! — respondió Sara, toda encendida.

—¿Por qué? ¿Le disgusta mi presencia? ¡Qué lástima! ¡Sí que nos avenimos poco! ¡Yo, en cambio, desearía prolongar este minuto hasta la eternidad!

—No puedo oirle aquí... se lo ruego... Si quiere hablar conmigo, más tarde... en la fiesta.

—¿Irá usted?... Empiezo a ser feliz... ¡Me inspira usted tan amables cosas!

Se oyeron pasos en la habitación cercana. Sara, temblorosa, exclamó:

—Se lo ruego... vágase en seguida... ¡Van a



—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo se atreve?

salir mis amigas... y me va usted a comprometer!

—¡Adiós, señorita! No quiero disgustarla. ¡Y perdón... quizás algún día sepa por qué motivos he entrado hoy aquí!... Ahora sólo puedo decirle que soy su admirador... y algo más... ¡si usted quisiera!...

Y saltando de nuevo por donde había venido, dejó a Sara llena de una dulce turba-



—Se lo ruego... ¡váyase en seguida!... ¡Van a salir mis amigas... y me va usted a comprometer!

ción... ¡Aquél hombre! ¿Qué suavidad tan acariciadora tenían sus palabras que la emocionaban de ese modo?

Flora y Esperanza entraron en el cuarto.

—¿No sabes?... Esta noche... me van a presentar al Conde — dijo la antigua modista—. ¡Estoy tan alegre!... Ahora sólo falta el Duque para Esperanza y el Príncipe para tí...

—¡Oh, el Príncipe! — suspiró Sara.

Y con los ojos de la imaginación, veía ante ella el perfil burlón de su nuevo amigo, sus ojos brillantes que parecían suplicar una caricia de amor.

Antonio, después de adoptar infinitas precauciones volvió a su cuarto. Greves estaba ya en él.

—¿Qué ha ocurrido, Greves? — inquirió.

—Una desgracia, señor... Lo he visto todo desde mi escondite, ahí, debajo de la cama. ¡Malditos! ¡Se han llevado todo su equipaje, don Antonio!

—Válgame Dios! ¿Pero habrán dejado algún traje por lo menos?...

—Nada...no se haga ilusiones..., ¿no tiene otra ropa que la que viste?

—Pero tú crees que eso es ropa decente?... ¿Cómo me las arreglo para salir de esta facha?...

—Es tremendo... Por suerte, lleva usted ese cubrecama, que ni pintado... Podrá servirle para disfrazarse de piel roja...

—No bromees, que la cosa es trágica.

—Si encontrásemos algo!, ¡si nos pudieran proporcionar aunque sólo fuera un traje!

Greves empujó una puerta lateral que cedió

rápidamente bajo el impulso de sus manos. Encontróse en un elegante cuarto.

No había nadie... pero en su centro, tres baules cerrados eran una apetitosa tentación.

—¡Zambomba! ¿Qué veo aquí?... Mire, don Antonio. ¡Tres mundos!...

Corrió el joven a examinarlos, y murmuró:

—Están cerrados!

—¡Es lástima!... Si yo pudiese encontrar llaves que abrieran estos baúles; con seguridad habrá en ellos buena ropa...

—Oh, no hagas eso — dijo Antonio, con cierto escrúpulo. — Lo mejor será que me des tu americana!

—Como usted mande...

Se despojó de la prenda que vistióse Antonio.

—La americana le sienta muy bien — siguió diciendo Greves —, pero los pantalones son un poco cortos.

Y señaló los calzoncillos que asomaban bajo la americana.

—Verás. Dame también los pantalones; con el chaleco tienes bastante...

—Pero, Don Antonio... ¡usted comprenda!... voy a estar en ridículo... Si yo pudiera coger lo que hay, de seguro, en estos baúles...

Con un rápido esfuerzo de sus brazos, logró abrir un baúl, apareciendo ante ellos una colección de hermosos uniformes militares.

—¡Magnífico! — gritó el ayuda de cámara, entusiasmado. — Estos deben ser los uniformes del príncipe Boris que llega dentro unos días. Aprovechémonos entretanto. Es su única es-

peranza de salvación... ¡Tiene usted que pasar por Príncipe!...

—Pero... esa usurpación... puede darnos malos ratos...

—¡Esto o ir en calzoncillos! ¡Elija! No tiene otro remedio...

Antonio meditó unos momentos. Después de todo, su criado decía verdad. Aquello era lo único que por el momento tenía entre manos... Entretanto, procuraría buscar otro hotel y un sastre que le fiara la ropa nueva.

Vistióse el uniforme apareciendo elegantísimo bajo el traje dorado y azul que hacía más interesante su persona...

—¡Será usted durante unos días el Príncipe encantador!... De modo que a conservar la dignidad del cargo...

—Tengo miedo, Greves...

—No diga eso... ¡Adelante!...

Abandonaron la habitación, saliendo al corredor. A su paso, los criados les saludaban reverentemente... ¡Aquel militar!... Antonio no las tenía todas consigo.

Un espejo retrató su imagen, vestida de Príncipe, y al no reconocerse de pronto, echó a correr, creyendo que le perseguía el verdadero Príncipe... Luego, tranquilizado por las buenas palabras de Greves, entró en el ascensor, siendo objeto de idénticas cortesías por parte de todos. ¡Oh, un Príncipe!

Cuando bajó al "hall", los dueños del hotel le miraron asombrados. Aquél era indudablemente el príncipe Boris cuya llegada estaba

anunciada para unos días más tarde. ¡Y ellos no le habían reconocido antes!

—Dispense Vuestra Alteza que no atendíramos como correspondía...

Ignoraban el incidente de la maleta, pues los dueños del antiguo hotel habían salido sin dar otras explicaciones.

—Viajó de riguroso incógnito — respondió Antonio, tranquilamente...

—¡Oh! no sabíamos que Vuestra Alteza llegara tan pronto... ¡nuestras más humildes excusas!...

El conde d'Avigny, que se encontraba hablando, justamente allí mismo con el periodista Teodoro Bancroft, fué corriendo a besar la mano del Príncipe.

—Señor...

—¡Gracias amigo!...

Teodoro inquirió nerviosamente el nombre del personaje.

—Es el príncipe Boris — le dijo en voz baja Avigny—; ha llegado sin avisar...

El periodista se sintió alborozado. ¡El príncipe Boris!... ¡Oh, él no podía desperdiciar la gran ocasión! Y besando a su vez la mano del supuesto infante, le dijo:

—¿Podría Vuestra Alteza honrarnos con su compañía esta noche?... Deseo presentarle a una encantadora joven norteamericana...

Antonio conoció al repórter. Era el compañero de la mujer que le interesaba. Y le contestó, con la voz que creyó más amable:

—Me veré honrado con su compañía... ¡Soy

un adorador de las mujeres de vuestra tierra!...

—¡Oh, Príncipe!...

Teodoro creyó morir de felicidad... Las



El Conde d'Avigny... fué corriendo a besar la mano del Príncipe.

cosas iban bien, estupendamente... Su audacia le abría todos los caminos...

El noble personaje, acompañado de Greves, tieso y severo, convencido del importante papel que representaba, abandonó el hotel. Pero su presencia había sido advertida por un in-

dividuo que rondaba por el "hall" y que salió a su vez precipitadamente.

Se trataba de un anarquista del país del príncipe Boris que, noticioso de la llegada de éste, esperaba la mejor oportunidad para matarle.

Corrió a casa de sus cómplices a comunicárselas la noticia.

—El príncipe Boris ha llegado al "Hotel de los Príncipes"; hay que matarlo esta misma noche...

—Esta misma noche — repitió otro de los anarquistas.

Y en voz baja comentaron el plan para terminar con la vida de aquel representante monárquico.

Teodoro Bancroft sintió la necesidad de comunicar a su país la grata nueva. Fué a la oficina de teléfonos, y dijo al encargado:

—¿Qué le parece?... ¡Esta noche comeré con el príncipe Boris!... ¡Tengo tanta influencia!

Luego, redactó el siguiente telegrama para "Las Noticias" de Watertown.

"Acabo conocer príncipe Boris. He inscrito a Sara Roxford en gran exhibición modas efectuarase esta noche. Mañana enviaré más.

Bancroft."

Porque el periodista, noticioso de que aquella noche iba a ver una exposición de modelos

internacionales, había inscrito también a Sara, a fin de llamar la atención del Príncipe sobre los encantos que encerraba aquella criatura.

Un elegante caballero que estaba junto al reportero, mientras éste redactaba su telegrama, leyó su contenido, sin que Teodoro se diera cuenta, y a su vez envió el siguiente parte:

*"Duquesa de Volva.
Hotel Grillon.
París.*

Encontré al príncipe Boris. Salgo inmediatamente a fin de regresar aquí con Vuestra Señoría y la princesa Elena.

Sarleff."

Luego, echando una mirada despectiva al yanqui, salió del hotel.

Las tres muchachas procuraban acicalarse aquella noche con sus mejores galas. Iban a hacer su presentación en sociedad y todo les parecía poco para ser admiradas por aquel gran público, acostumbrado a lo mejorcito de la tierra. Flora, cargada de joyas hasta la exageración, estaba malhumorada. Sus amigas tenían ya pareja elegida, y ella, en cambio...

—Pero, Teodorito, acabemos; ¿dónde está mi Duque?

—Paciencia, Flora, paciencia, que todo se andará...

—Es que ya empiezo a desesperarme...

—¡Uy! no corra tanto...

Y las tres lindas criaturas, acompañadas del periodista, se encaminaron hacia el salón de fiestas. Sara marchóse al lugar indicado para quienes debían tomar parte en la exhibición.

El conde d'Avigny, impecablemente vestido de frac, se acercó a Esperanza.

—Señor Conde — dijo Bancroft, emocionado—. Permítame que le presente a la señorita Esperanza Durant... El conde d'Avigny.

Se estrecharon la mano, examinándose mutuamente. La primera impresión no fué realmente espléndida... Esperaban los dos otra cosa... La chica había soñado con un noble joven y elegante, y el Conde había pensado en otro tipo de mujer, más espiritual que aquella... Pero ambos acabaron por resignarse... Esperanza consideró que no era cosa mala el ser Condesa... Y Avigny, que por lo visto no andaba muy bien de dinero, le pareció de perlas la supuesta fortuna de la americana.

Flora aguardaba impaciente a su desconocido galán.

—¿Dónde está mi Duque?... Usted me prometió presentármelo...

—¡Aguarde!... ¡aguarde!...

Teodoro comenzaba a sentirse preocupado por aquella tenacidad de Flora... ¡Un Duque! ¿de dónde iba a sacarlo él?... ¡Si la casualidad no se lo ponía delante como había ocurrido con los otros!...

Iban entrando en el gran salón oleadas de gentes. Ante la puerta, un ujier, elegante y altísimo mozo, saludaba con ceremonia a los



D'Avigny, impecablemente vestido de frac se acercó a Esperanza.

invitados. Muchos contestaban con una ligera inclinación de cabeza. Este portero vestía de frac impecable, de modo que, de lejos, podía muy bien confundirse con otro invitado.

—¿Quién es ese caballero tan buen mozo al que todos saludan? — preguntó Flora.

—¿Quién? — dijo Teodoro, obsesionado por la idea del Duque. — ¿Aquel?... ¡Ah, sí! ¡es él!... ¡el Duque del Portazgo! — continuó dándose importancia de hombre que conocía a todo el mundo.

—¿Qué dice usted?... ¿Un Duque?... ¡Y qué arrogante!... ¡Oh! esta es la mía...

Y se encaminó velozmente hacia el portero.

—Pero ¿qué hace usted, criatura de Dios?...

—Déjeme...

Y corriendo hacia la puerta fué al encuentro del galán. Como iba entrando gente, el portero tenía que atender a todos, y ésta fué la causa de que Flora, en su afán de acercarse a su enamorado, cayese al suelo, empujando en su caída a otros invitados y al mismísimo portero, que miraba asombrado las maniobras de aquella dama.

La ayudó a levantarse, y Flora, mirándole con ojos tiernos, le dijo:

—Duque, perdón que sea yo la causa de todo ésto. Me llamo Flora Payne, venga esa mano y que sea para muchos años.

—¡Oh!... ¡señorita!... crea usted que yo...

—Es usted encantador!... Apuesto a que va usted divinamente a caballo... Si es que tiene usted tiempo, me permitiría invitarle a dar algunos paseos el día que le parezca mejor...

El portero creyó habérselas con una pobre perturbada. Y respondió:

—Sí... sí... me veré muy honrado... Mañana estaré a sus órdenes...

—¡Oh! ¡Duque! — dijo Flora, ridícula y



—¡Es usted encantador!... Si es que tiene usted tiempo, me permitiría invitarle a dar algunos paseos el día que le parezca mejor.

emocionada, mostrándole las deslumbrantes joyas que centelleaban sobre su pecho y sus manos.. — Mañana por la mañana a las once...

—¡No faltaré!... “Duquesa” — dijo el portero, riendo.

—¡No!... aún no... ¡Quién pudiera serlo!...

Y Flora, con el aire ridículo de su persona monumental, ponía los ojos en blanco, acariciando con la mirada a su amador.

Teodoro, ignorando la condición de portero, creyó que se trataba efectivamente de algún noble, y mostróse más alegre que nunca. ¡También Flora había tenido suerte!

El Príncipe acababa de aparecer en el salón. Repartió sonrisas y saludos a granel. Iba acostumbrándose a la vida de Corte...

El periodista se acercó emocionado.

—Príncipe... la señorita Esperanza Durant. Señorita Flora Payne...

—Encantado de conocer a Vuestra Alteza — respondió Flora.

Antonio sonrió amablemente, pero disgustado en el fondo. ¿Y dónde estaba la linda chiquilla de sus sueños?...

—Pensé que la otra señorita estaría con ustedes...

—La señorita Sara Roxford va a tomar parte en la exhibición de modas y vendrá después — le respondió Bancroft.

—La espero con impaciencia...

Iba a comenzar el espectáculo. Su Alteza se vió rodeado de un numeroso grupo de admiradoras. ¡Todas querían conversar con él!

Flora misitó al oído de Teodoro:

—Usted vale más que pesa, Teodorito...

¡Qué duque tan simpático el de Portazgo!... ¡Es usted el gran hombre!

—En efecto, Flora, y conste que no es modestia...

—¡Qué lástima que no sea usted Duque o por lo menos Barón!...

Teodoro hizo un gesto humilde.

—Prefiero ser lo que soy...

—Claro, cuando las cosas no tienen remedio...

La conversación fué cortada por el fastuoso espectáculo de las modelos. Abrióse una cortina roja que estaba en el fondo, y comenzaron a aparecer hermosísimas mujeres, vestidas con los más ricos trajes que ha creado la fantasía de los artistas... Sara Roxford, encantadora y fina, pareció sobresalir entre todas por la belleza y la originalidad de su traje... ¡Qué mujeres!... En artística combinación, formaron ruedo sobre una amplia ruleta que comenzó a girar lentamente, mostrando de este modo a los espectadores todos los detalles de los magníficos trajes. Un murmullo de satisfacción acogió esta brillante escena. Las mujeres, encantadas de los figurines; los hombres, locos por las modelos.

Cuando terminó la exhibición, los aplausos resonaron como una marcha de triunfo.

El Príncipe no había quitado los ojos de Sara. ¡Era tan preciosa!... Teodoro, sin poder ocultar su impaciencia por el triunfo logrado por Sara, redactó allí mismo para su periódico este telegrama:

Sara Roxford figura culminante en exhibición de modas. Todo Montecarlo loco por ella. Ha hecho célebre el nombre de Watertown. Mañana enviaré más.

Bancroft.



...comenzaron a aparecer hermosísimas mujeres...

Sara se presentó en el salón. Se dirigió a ella Antonio, vestido de uniforme de gala, elegantísimo con el traje que no le pertenecía.

—¡Maravilloso!.... ¡Sara!... ¡mi enhorabuena!...

Pero, Sara, al reconocer en el Príncipe al joven que le había interesado antes, no pudo reprimir su emoción.

—Yo no sabía que usted fuese realmente un Príncipe... — murmuró.



En artística combinación, formaron ruedo sobre una amplia ruleta que comenzó a girar lentamente.

—Esto es lo de menos — dijo Antonio. — Lo importante es poder hablar con usted... ¿No está usted cansada?...

—Algo más que esto se necesita para cansarme a mí.

—Vamos un rato al jardín... ¿Quieres?... Y le ofreció el brazo. La muchacha se confió a él con un ademán cariñoso. Era como una mujer que volviera a los cuentos de la infancia.

Dos anarquistas espiaban incesantemente al Príncipe.

—Vamos a despacharlo de una vez — dijo uno.

—En el jardín, a favor de la oscuridad... Y procurando no ser vistos, siguieron lentamente, a los enamorados. Entretanto, el conde d'Avigny consultó el reloj y pareció mostrar gran contrariedad.

—Deploro tener que retirarme — dijo — pero tengo una cita importantísima a la que no puedo faltar... Mañana la veré a usted de nuevo, Esperanza.

La muchacha lamentó la imprevista ausencia del Conde. ¡Era tan simpático!

En el jardín, Antonio, verdaderamente enamorado de Sara, le describía toda su pasión.

—Hasta este momento no me había dado cuenta verdadera de lo hermosa y lo breve que es la vida — dijo.

—Mañana tal vez no se acordará usted de mí — contestó Sara con melancolía —; estaremos en medios muy distintos.

—No piense usted en eso... Para usted no soy un Príncipe, sino un enamorado.

—Ay! Usted es Príncipe, sí, y yo no soy más que Sara Roxford. Todo ésto parece un sueño...

De no haber sido el miedo a los acreedores, Antonio hubiera confesado la verdad. Nunca ninguna mujer le había interesado tanto como aquella.

Los dos anarquistas, ocultos tras un "parte-



—Mañana tal vez no se acordará usted de mí — contestó Sara con melancolía.

irre", se propusieron acabar con Antonio. Apuntó uno de ellos el revólver sobre el falso Príncipe, y la bala rozó casi la mano de éste, cortando bruscamente sus ensueños.

Sara dió un grito:

—¿Han herido a Vuestra Alteza? — gritó.

Los agresores, viéndose descubiertos, huyeron. Pero la policía que guardaba la persona del Príncipe, al ruido del disparo salió en persecución de los criminales, alcanzándoles en el mismo jardín.

—No se preocupe, Sara — dijo Antonio, sonriendo—; los Príncipes estamos acostumbrados a estas bromas.

—Y pensar que hubiera usted podido morir!...

Acudieron los invitados para protestar contra la agresión. El Príncipe tuvo que dejar a Sara para atender al sinnúmero de enhorabuenas que le prodigaban con insistencia pegajosa.

Flora y Esperanza corrieron al jardín, a reunirse con Sara. Y las tres amigas comentaron el atentado con dolorosas frases. ¡Si el asesino tiene mejor puntería, Su Alteza Real hubiera acabado su vida para siempre!

Y ya durante toda la noche, la conversación giró alrededor del príncipe Boris, encomiando todos su serenidad.

**

Transcurrieron algunos días. Los ensueños continuaban para aquellas tres lindas muchachas americanas, que habían alcanzado, cada una, el esperado amor.

Aprovechaban las mañanas para realizar excursiones al campo o a la playa. Flora, con el robusto portero del Hotel que ella tomara por Duque, había efectuado varias jiras a caballo. El criado comprendió finalmente el truco, y como no le pareció mal que una mujer simpática cargada de brillantes se hubiera encaprichado de él, dejaba que las cosas siguieran su camino, esperando que aquello terminaría en boda. ¡Algo parecido contaban las novelas!

Un día, Flora, en el jardín, declaró su amor al portero, "al noble Duque del Portazgo".

—Es usted tan fuerte y yo tan débil — le dijo... — parecemos la hiedra y el olmo.

El portero era un gigante, pero Flora no había perdido ni un solo kilo... y llegaba a los cien...

—¿No ha soñado usted nunca con ser padre de familia? — siguió diciendo Flora.

—Muchas veces, señorita... ¡Yo he nacido precisamente para eso!



Y las tres amigas comentaron el atentado con dolorosas frases.

—¡Qué encanto de hombre!

—Y si yo me atreviese... le diría que usted es precisamente la mujer que yo he soñado siempre...

Flora, de un modo ridículo, lanzó una exclamación de júbilo:

— ¡Os amo, Duque! — murmuró... ¡Ya somos novios!..

Y ella misma le entregó una soberbia sortija con dos piedras enormes, deslumbrantes.

Se besaron. ¡Ya eran novios!... Flora daba por bien empleado el viaje!...

También Esperanza había conseguido que el señor Duque d'Avigny le declarase su pasión. Pasaban la mañana en la playa, aunque el Conde obstinadamente se negara a bañarse.

— ¿Meterme yo en el agua?... ¡De ninguna manera!...

—¡Vamos, no sea usted miedoso! — le decía Esperanza...

— Es que detesto el agua; con decirle que ni siquiera la bebo...

Por fin, para complacer a su enamorada, tomaba un baño con todas las precauciones imaginables, pero añorando la grata firmeza de la tierra.

Una noche, poco antes de dirigirse a cenar al restaurante, Flora y Esperanza comentaban la inusitada ausencia de Sara, que a aquella avanzada hora no había llegado aún. También el periodista estaba preocupado.

—Me tiene extrañado la tardanza de Sara.

—Vaya usted a saber lo que habrá pasado! — dijo Flora —. De seguro que de todo tiene la culpa el Príncipe... En fin, que venga a la hora que le dé la gana. Nosotros no podemos aguardar más.

Sara había salido en yate con Antonio, y los dos, impregnados en el ensueño de sus

amores, no daban importancia a las horas. Mecíanse dulcemente sobre el mar, aislados de todo, con el exclusivismo egoísta del amor.

Flora, Esperanza y el periodista salieron del hotel. Cruzáronse en la puerta con una elegante dama, que iba acompañada de varias personas.

—Es la duquesa de Volva — explicó Teodoro — la ví llegar; esa señora es la tía del príncipe Boris.

Fueron al automóvil que les conduciría al restaurante de moda. Un hombre alto, robusto, vestido de uniforme de lacayo, fué a abrirles la portezuela. Verlo y lanzar Flora un grito trágico, fué obra de un segundo:

—¡Grandísimo farsante! — rugió.

Era el supuesto duque de Portazgo que recobraba su verdadera profesión de lacayo. ¡Y ella que le había entregado su corazón! Su alma se conmovía, sintiendo que se venían abajo todas sus ilusiones.

Esperanza y Teodoro contemplaban también asombrados al mozo. ¡Cómo les había engañado a todos!

—Flora — dijo el portero —, usted perdone... No me juzgue por las apariencias... Ha de saber usted...

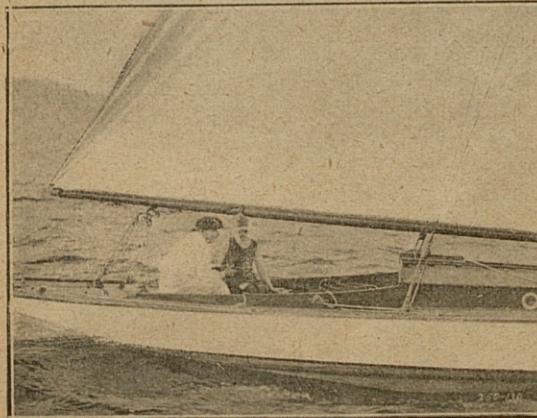
—¡Calle! ¡Devuélvame mi sortija! ¡Infame!

El portero, viéndose perdido, le devolvió, suspirando de dolor, la joya, y pretendió abrazar a Flora:

—¿No se acuerda usted de nuestros paisanos?... Flora... ¡quiero hablar con usted!

—Apártate de mi presencia. ¡mantecato!

El joven pretendió cogerla, ella le rechazó con todo el poder de su peso, y los dos, perdiendo el equilibrio, se vinieron al suelo, arras-



Mecíanse dulcemente sobre el mar...

trando en su caída a Esperanza y al periodista... ¡Un verdadero cuadro de circo ecuestre!

El portero levantóse y ayudó a hacerlo a Flora.

—Le suplico, Flora... ¡estoy loco por usted!...

—Vaya usted a abrir las portezuelas, fantasmón — le gritó ella, furiosa.

Y subieron al coche. La pobre Flora lloraba con hondo desconsuelo.

En el restaurante, aparecían todos silencio-



...los dos perdiendo el equilibrio, se vinieron al suelo arrastrando en su caída á Esperanza y al periodista...

sos. El periodista no podía reprimir su mal-humor. Flora tenía que realizar grandes esfuerzos para no estallar de nuevo en sollozos. La única que conservaba la serenidad era Esperanza.

—¡Tanto trabajo para conocer un Duque y me resulta de mentirijillas! — dijo Flora.

Un criado se adelantó a servirles vino.

—¡Menos mal que mi Conde es auténtico y no un ganapán! — exclamó Esperanza.

Pero sus ojos se clavaron de pronto en el camarero, y su boca se abrió dilatada por el estupor.

—¡Canalla! — rugió — ¡qué significa eso?...

Tenía ante él al conde d'Avigny, convertido en un vulgar criado de restaurant. ¡Y ella que le había dado esperanzas!

El supuesto d'Avigny tembló como el azogue. ¡Su mala estrella! ¡Al fin, le habían cazado!

—Perdone, Esperanza... ¡es la vida!...

—¡Márchese!... ¡vil impostor!... ¡Falso Conde!... ¡escóndese!... ¡huya!...

El camarero se encogió de hombros y alejóse tristemente... Otra vez sería... Este sujeto, en sus ratos de ocio, se las daba de aristócrata, procurando cazar por este vulgar procedimiento alguna muchacha rica. Muchas veces, como había sucedido el día de la exhibición, tenía que marchar precipitadamente, porque llegaba su turno... ¡Era desgracia la suya!... ¡Cuando Esperanza era ya casi para él!

Las americanas y Teodoro volvieron a su cuarto del hotel. A las diez se presentó Sara:

—He tardado mucho ¿verdad? ¡Chicas!... ¡Es tan deliciosa la excursión por el mar!... ¡Se le pasan a una las horas sin darse cuen-

ta!... Y además, hemos tenido una avería en el timón.

—Buena la has hecho! — dijo Flora — ¿A quién siño a tí se te ocurre quedarte por ahí a esas horas para desacreditarnos?

—El no se acordará ya ni del santo de tu nombre; has de tener presente que es un Príncipe — agregó Esperanza.

Sara protestó:

—Es que yo os juro que nada ha ocurrido entre nosotros... El me quiere mucho, anoche mismo me lo dijo.

—Es una locura fiarse de los hombres — dijo Esperanza — ; el que más y el que menos resulta una caja de sorpresas.

Y le explicaron entonces el engaño de que habían sido víctimas.

—Pero ¿es posible?...

—¡Verdad!... ¡Ay! ¡qué tonta fuí en entregarle mi corazón juvenil a ese Goliath! — dijo la pobre Flora.

—A los hombres no hay que creerlos, lo sé por experiencia, querida — añadió Esperanza.

Sara estaba aterrada. ¿Le ocurría a ella lo mismo? Al día siguiente, un elegante caballero llamó al cuarto de las muchachas.

Era uno de los secretarios de la duquesa Volva, la tía del Príncipe verdadero.

—La señora Duquesa desea hablar con la señorita Roxford — dijo.

Quedaron todas paralizadas. ¡Oh! ¿qué sería?

—En el acto, caballero — dijo Sara, con cierta emoción.

Y siguiendo al emisario fué a la habitación de la Duquesa. Esta era una respetable dama que acogió a la joven con un gesto duro y autoritario. Conocía perfectamente la impostura de Antonio, pues sabía que su sobrino, el verdadero Príncipe, no había llegado aún a Montecarlo, pues se encontraba en París. ¿Quién sería esa joven, engañada por el falso?

—No me ha sido posible ver todavía al príncipe Boris, señorita, pero juzgo preciso hablar a usted muy claro — le dijo.

Sara la contemplaba, miedosa.

—No se forje usted ilusiones... El Príncipe se casará... dentro de poco con mi hija.

—¡El Príncipe!... ¡oh! ¡no es posible!... ¡él ha dicho que me amaba!

—¡Que la amaba!... ¡Infeliz!... ¡Si usted supiera!...

Tentada estuvo de decírselo todo, de confesarle la verdad, el engaño de que también había sido víctima. Pero viéndola llorar, la Duquesa se conmovió y quiso que fuesen los mismos acontecimientos los que se encargaran de darle la noticia.

Sara abandonó la estancia llorando, yendo a ocultar su pena en el regazo de sus amigas... ¡Oh! ¡no era posible!... ¡no era posible!... ¡Y el Príncipe que le había dado palabra de casamiento!

Entretanto, en el "hall" del hotel hablaban

Antonio y el periodista. El supuesto Príncipe estaba dispuesto a terminar con la farsa. Amaba demasiado a Sara para seguir sosteniendo el engaño. Tenía miedo de que todo se descubriera y fuese a parar a presidio.

Teodoro mostraba a Antonio el siguiente telegrama que había recibido de su país:

Continúe enviando interesantes informaciones acerca realza europea y no tardará usted en hacerse famoso.

Noticias.

—¡Ya ve! — dijo sonriente. — Gracias a usted será una gloria del periodismo americano, mi querido Príncipe.

Antonio creyó llegado el momento de confesarlo todo.

—Voy a hacerle una confidencia...

—¡Oh!... usted me confunde...

—Es algo muy personal, reservadísimo...

—¿Qué ocurre, mi querido Príncipe?...

—¡Yo no soy el príncipe Boris, sino un norteamericano como usted! — dijo bajando la cabeza con un gesto de desaliento.

—¿Que no es usted Príncipe? ¡Acabáramos!... El Duque resulta portero; el Conde, mozo; y usted, un norteamericano... ¡Me he lucido!...

La indignación de Teodoro era atroz. ¿Qué iba a decir ahora su periódico?

—No puedo continuar ocultándole la verdad a Sara, y voy a confesársela sin pérdida de momento — siguió diciendo Antonio.

En aquel momento, se presentó uno de los ayudantes de la señora Duquesa, y cuadrándose ante Antonio le dijo:

—La señora Duquesa desea que pase Vuestra Alteza a verla sin pérdida de momento.

Los ojos de Teodoro brillaron de nuevo. ¿Le trataban como Príncipe?... ¡Sí lo sería en realidad!...

—No puedo... — dijo Antonio... — Ruego a usted que me excuse...

—Me permito significar a usted que es mandato...

—Si es así...

Y temiendo la nueva y borrascosa entrevista, salió tras el cortesano.

Teodoro no salía de su asombro. ¿Era o no Príncipe aquel hombre?...

—No, no es Príncipe — le dijo Greves... — Y creo que haríamos bien en irnos enterando del mejor modo de ir a Nueva York a nado...

—¡Maldita sea mi mala estrella!... ¡Y yo que había confiado en tu amo! ¡Granuja!

Antonio llegó a presencia de la Duquesa. El cortesano dijo a la dama:

—Este es el hombre que ha estado haciéndose pasar por el príncipe Boris.

Antonio, confundido, anonadado, se inclinó.

—Os pido mil perdones, señora; puedo aseguraros que no lo hice con mala intención.

Pero la Duquesa sintióse ofendida por aquel intruso.

—Prended a ese impostor — gritó... — No quiero oírle más...

La policía, prevenida a tiempo, rodeó a Antonio, que maldecía su prisión, únicamente porque ella le privaba de ver a Sara.

—Señora Duquesa... perdóneme... — suslicó.

—¡No!... ¡no!... ¡a la cárcel!...

Antonio, entre los policías, fué conducido en automóvil a la prisión. La noticia se esparció como un reguero de pólvora, causando una sensación indecible. Y Teodoro y Greves fueron detenidos como cómplices.

Apenas había abandonado Antonio el hotel, llegó el verdadero Duque, un muchacho calavera que gustaba de todos los goces de la vida. Se presentó riendo ante la Duquesa. Llegaba a Montecarlo con varias semanas de retraso. ¡Se había divertido tanto en París!

—Creo que mi matrimonio con su hija debía celebrarse poco más o menos en esta fecha... ¿verdad?...

—Sí, esta misma semana... Y durante tu imperdonable retraso, hubo un impostor que hizo creer a todos que era el príncipe Boris; pero ya le tenemos preso.

—¿Qué me dice usted, señora Duquesa?...

—Este hombre se presentó en público visitando tus uniformes hasta que al fin quedó en evidencia cuando unos asesinos atentaron contra su vida.

Y le explicó sucintamente la agresión. Boris la interrumpió:

—Un hombre que estuvo a punto de dejarse asesinar en lugar mío, lo merece todo me-

nos la cárcel — exclamó —. Voy a dar orden de que le pongan inmediatamente en libertad.

Entretanto, había llegado Antonio a la prisión. Fué encerrado en una celda, donde encontró a los dos anarquistas que habían atentado contra él, y que al ver preso al que suponían Príncipe, creyeron estar bajo la influencia del vino. Al convencerse de que efectivamente era el mismo, pretendieron agredirle; pero Antonio demostró la supremacía de sus puños, dándoles una paliza fenomenal.

Greves y Teodoro fueron encerrados en una celda vecina a la de Antonio.

Su suplicio no duró mucho tiempo, pues el verdadero príncipe Boris en persona fué a la cárcel, a libertarles.

—Usted me salvó la vida — dijo Boris a Antonio; cumple con un deber de gratitud al hacer que le pongan en libertad...

—Gracias, Alteza, gracias... Contra mi propia voluntad usurpé vuestro nombre... Y os ruego que amplieis vuestra nobleza favoreciendo a mis dos amigos, presos también...

El Príncipe accedió a todo. Una vez libres, Greves entregó a Antonio un telegrama que se había recibido poco antes de su detención, y que decía:

Te envío diez mil pesos puedes cobrar Oficina Expreso en Montecarlo. Regresa ocupar puesto deseabas. Tu tío.

Jaime.

—¡Oh! Don Antonio! ¡Por fin terminará nuestra miseria!...

—¡Bien!... ¡bien!... pero antes debo buscar a la señorita Roxford; sin ella no me voy...



—Os ruego que amplíéis vuestra nobleza favoreciendo a mis dos amigos, presos también.

En el jardín del hotel, entretanto, Esperanza y Flora comentaban los viejos amores perdidos:

—Después de todo, el mío no era tan despreciable... — decía Esperanza.

—Pues mirándolo bien, el mío, tampoco Duque no sería, pero lo que es a estatura ni un Rey le ganaba.

El falso Avigny y el portero se acercaron tímidamente... Llevaban bastante rato observando a las dos mujeres. Sentáronse en el mismo banco.

—Flora, le aseguro a usted que yo no tengo la culpa de que usted me tomara por Duque... ¡perdón!...

—¡Oh! ¡Dios mío!... usted me tomaría también por una millonaria... y no tengo nada... ¡nada!...

—¿Qué importa ello? — exclamó el mozo que tenía un alma romántica —. Y lo que ocurre es que yo me he enamorado de usted... de veras... de veras...

—¡Juan!... ¡usted me commueve!...

Y de este modo, hicieron las paces... Y Esperanza perdonó a su vez al falso Avigny, enamorada también de él... ¡Quién sabe!... Tal vez serían algún día ricos, o nobles... ¡Quién sabe!... El antiguo camarero lamentó que su futura no fuera rica, pero no desconfiaba en poder serlo, más adelante. ¡El mundo dá tantas vueltas!

Antonio había llegado al hotel. Preguntó nerviosamente por Sara.

—La señorita Roxford acaba de salir para la estación — le dijeron.

Efectivamente, Sara, desesperada por el fracaso de sus amores, quería abandonar Montecarlo, regresando a América.

Corrió Antonio hacia la puerta. Un automóvil se disponía a marchar... Logró el joven subir a él. Había descubierto en su interior a Sara y quería sincerarse.

—Necesito decirte algo, Sara...

—¡Vete!... ¡vete!... — exclamó ella, llorando—; tú me has engañado... ¡ni eres Príncipe ni me amas!...

—Príncipe no lo soy, chiquilla; soy Antonio Townsend, un americano como tú... Pero te amo, te lo juro, quiero casarme contigo...

Le cogió las manos. Ella meditaba... ¡Era tan simpático!...

—¡Antonio!... ¿es verdad que me quieres? — respondió —. ¡No me engañas?...

Para ella, el joven era siempre el Príncipe azul, como el de los cuentos de su infancia.

—No... tú eres la única verdad, por ti formaré una vida nueva — respondió él.

Y locos de dicha, se besaron largamente... suavemente...

**

Poco después regresaban todos a América... Las tres muchachas daban contentas el último adiós a Montecarlo... que les había dado amor... Y el famoso periodista Teodoro Roosevelt Bancroft, orgulloso de su triunfo, confiaba en su próxima y definitiva celebridad.

FIN

JAIME ESTEVE

COLECCIONE USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

*Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.-El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.-El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.
Paris...!!-Venganza de mujer.*

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón.-Rómula.-Janice Meredith.-El Fantasma de la Ópera.-El trono vacante.-El Caíd.-Madame Sans-Géne.-América.-Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Ellas...-Demasiadas mujeres.-Nobleza baturra.-Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar.-El difunto Matías Pascal.-La marca de fuego.-Los Hijos de Nadie.-Pescador de Islandia.-La 8^a mujer de Barba Azul.-El Bebe de la Victoria.-El proceso de Nancy Preston.-Justicia gitana.-La Poupée de París.-El abanico de Lady Windermere.-Por la Patria.-Amor de Padre.-El asalto al ambulante de Correos.-Dick, el Guardia Marina -Boy . La conquista del Amor.-Bajo el cielo de Monte-Carlo.-La Barrera.-La Hechicera.-Maternidad.-Los niños del Hospicio.-El diablo santiificado.-La calle del olvido.-¿e eben tener hijos los pobres? Gorriones.-Risa de levante.-El Trasatlántico.-El hijo prodigo.-El mundo perdido.-La novia fingida. El místico.-La novela de una noche.-La que no sabía amar -Montecarlo.

Precio de cada libro: 50 céntimos

Próximo número:

la grandiosa producción

La Favorita de la Legión

Insuperable creación de la bellísima estrella

GLORIA SWANSON

ASUNTO INTERESANTE

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡PRONTO! ¡MUY PRONTO!
en las EDICIONES ESPECIALES
DE
La Novela Semanal Cinematográfica

MARE NOSTRUM

según la obra maestra de *V. Blasco Ibáñez*

Dirigida por Rex Ingram

Interpretada por Alice Terry y Antonio Moreno

¡SIN COMENTARIOS!